

una mujer hacendosa; permitid que, hada benéfica, esta lo limpie de cuanto lo afeaba, purifique las paredes y el aire, abra paso a la luz matutina y al calor del mediodía; sufrid que, curiosa, nuestra hechicera coloque sobre la mesa un ramillete de humildes flores campestres y decidme luego si la pobreza de la choza no se ha trocado, sin mayores gastos, en holgura y civilización.

Este cambio puede ser repentino. De un momento para otro el lugar que nos tenía alejados puede llenarse de encantos y atractivos; operándose en él las transformaciones que acabamos de describirlos; pues bien, nuestra alma, templo del Eterno, sagrado que Dios se ha reservado para vivir en él, era antes de la Redención y para todo el que no observaba la ley natural, siguiendo sus instintos desnaturalizados, el retrato fiel de aquella choza repugnante y triste. Viene la Iglesia, esposa de Jesucristo, entra con Ella la luz de la fe, la fuerza del amor, desaparecen los pecados y florece la gracia. La mansión terrestre, con tierra edificada y a la tierra vinculada, se levanta redifundida sobre la piedra angular; se eleva hasta el cielo, se hace mansión celeste, pues en ella viene a morar la Trinidad, tres veces santa; en una palabra, el hombre se diviniza porque se cristianiza, porque su alma se hace semejante a la de Cristo en la que toman sus complacencias el Padre Eterno y el Espíritu Santo.

Esta regeneración, amadísimo hijos, se ha operado ya en cada uno de vosotros y de vuestros hijos; pero, ay! consecuencia fatal de nuestro libre albedrío, podemos, ingratos, desconocer la autoridad que sobre nosotros tiene la Madre que tantos prodigios ha obrado en nuestras almas. Podemos impedir que la Iglesia, después de habernos divinizado reparando las ruinas acumuladas por el pecado original en todos y por los actuales en los adultos siga purificando el ambiente de nuestros pensamientos e intenciones, podemos negar a la Esposa de Jesucristo y Madre nuestra el derecho de civilizarnos y guiarnos por las vías que anduvo en este mundo. El que vino a recordarnos que, por ser del linaje divino, habíamos de vivir como dioses. San Pablo lo dijo: "Dii estis" oh cristianos, "sois dioses", es decir sois creados a la imagen de Dios; naturalizados hijos de Dios, predestinados a vivir la vida que Dios vive en el cielo; conociéndole, amándole y sirviéndole.

Conocer, amar y servir, estos tres actos, bien lo sabéis, amados hijos, tienen la propiedad de enoblecen o desacreditar a la persona que es el

sujeto de ellos según el objeto o término que tienen. No hay honor para nadie en el hecho de conocer intimamente a un malhechor; sí, lo hay para todos en el de conocer hasta la vida privada de un magnate y vivirla; no es honroso amar a los perdidos; sí, a los santos, pues el amor busca semejanza o la produce; en fin, no es honroso servir los intereses de un criminal; sí, lo es tener parte en las buenas acciones y grandes empresas de personas ilustradas y de condición elevada.

Luego con razón os declamos, amados hijos, que solo un conocimiento verdadero de quien es Dios, un amor sincero para con Él, y una voluntad firme de no cejar en la realización de cuanto esté a nuestro alcance para aumentar su reino eran los factores de nuestra divinización, factores cuya base y raíz o fundamento es la gracia recibida en el santo Bautismo.

¿Cuál será, hijos amados, el remedio a los males que nos achacan de tal suerte que, no solamente Dios pueda vivir en nuestros corazones, sino que vosotros mismos toméis la resolución eficaz de purificar y adornar vuestra alma, vuestra alma que ya no refleja la imagen de Dios a cuya semejanza ha sido creada, vuestra alma que ni siquiera recuerda el esbozo divino trazado en los albores de la vida, porque los años de pecado lo han ridiculizado y manchado sin alcanzar a borrarlo del todo? El remedio está en la renovación práctica o efectiva de las promesas del Bautismo.

Objetareis: ¿Pasado el Bautismo, puede renovarse en él? Sin duda, que el Bautismo es indeleble, irrevocable nuestra carta de ciudadanía celestial, real y verdadera nuestra adopción; aun cuando el hombre pueda abanderizarse entre criminales y revoltosos, el hecho de ser parricida no le quita el carácter de hijo. Bien lo sabéis que nuestra adopción es verdadera, cuando queáis que todos los miembros de vuestra familia pertenezcan a la de Jesucristo y sean cristianos; segura vuestra divinización, cuando para gozar de los derechos que ella nos otorga no se necesite mas esfuerzo que el de perseverar en las filas del Redentor; en fin, indeleble es el Sacramento, cuando basta la verdadera confesión para que reviva la imagen divina que; empañándola, los pecados hacían indecifrable. Todo esto lo sabéis; pero, lo que os hace falta para conformar vuestra vida a vuestras creencias, es la voluntad, la gracia.

Amadísimos hijos:

Estas reflexiones Nos hemos sentido inclinado a comunicaroslas al

regreso de nuestra visita pastoral, motivo por el cual fué demorado el envío de esta carta. En efecto, nos ha sido dado en estos últimos meses recorrer la mayor parte de las parroquias y vice-parroquias de nuestro Vicariato e informes circunstanciados sobre la región del Vau-pés y su misión Indígena nos dieron a conocer, una vez más, las necesidades de aquellas apartadas, casi solitarias y en realidad desheredadas comarcas. Nuestra presencia entre vosotros durante varios días y las conversaciones detenidas como frecuentes celebradas con nuestros amados misioneros nos enseñaron, cual es la causa del mal que achaca una gran parte de nuestro rebaño. Es cierto y tanto la verdad como la justicia exigen de Nos que lo reconozcamos y lo publiquemos en esta solemne ocasión: el bien que se está haciendo es muy grande; prueba de ello son las comuniones, cuyo número va creciendo de una manera que evidencia la presencia del Espíritu Santo en la distintas feligresías, revela la eficacia de su acción por medio de la gracia y Nos da derecho a concluir que el Reino de Dios se hace de día en día extensiva e intensivamente mas grande. Sin embargo, nuestro corazón de Pastor, el cual se siente lleno de un amor casi Divino para todas y cada una de las almas que Nos han sido encomendadas por el Sumo Pontífice en nombre y representación de la Iglesia y de Jesucristo cuyos hijos y hermanos son por el Bautismo, en nombre y representación del mismo Dios cuyos súbditos son todas las criaturas. Nuestro corazón Episcopal, decimos, no dejó de ser tristemente conmovido al ver la indiferencia de muchos en materia de Religión.

En la mayor parte de las poblaciones y caseríos, espontáneos, bellos, hasta conmovedores por el afecto sincero y cariñoso respeto del cual eran la manifestación, han sido los recibimientos y no obstante una nube de tristeza oscurecía el cielo de nuestra alma, pues argüíamos que quizás tanta pompa exterior se dirigiera al Señor Guiot así como declararon ciertas autoridades políticas que, con él, nada tenían que ver.

Ay! hijos míos, bien cierto es que el hombre, aun revestido con la mayor dignidad y autoridad que Dios pueda comunicar a una de sus criaturas, no es nada, pero, precisamente, en ello estriba la razón de nuestras quejas. Tan corto es el entendimiento espiritual de aquellas almas que no saben debajo de las especies y apariencias humanas ver y confesar la presencia real de la Divinidad de la cual el Obispo es mandatario legítimamente un-